

Mi nombre es Pere Ribes Graboleda. Tengo 18 años. A lo largo de mi vida he reído, llorado, caminado, soñado, escrito, sentido.

A menudo he estado acompañado en estas acciones. Mi familia, mi grupo de amigos, compañeros de clase, conocidos, desconocidos, han complementado estos actos. Sin embargo, a veces estos verbos no han tenido ningún complemento. Solo un sujeto: yo.

Cuando eso sucede, uno se ve inmerso en una oración inacabada y se pregunta por qué no hay ninguna palabra, ningún sintagma ni ningún complemento que condimente la oración.

Es inevitable sentirse solo de vez en cuando. La vida dibuja un escenario para cada uno, pero no dibuja espectadores en las gradas. Es por ello que a veces sentimos ese vacío, ese abismo. La soledad es una emoción capaz de desconectar nuestros sentidos de la realidad. Es como si viviéramos en una jaula, cuyo único ruido es el eco de nuestra voz.

No obstante, vivir y sentir la soledad es necesario para crecer. Personalmente, es cuando me he sentido solo que he podido valorar el tiempo de calidad que he pasado con gente a la que quiero. Su amor, sus risas y sus recuerdos. Sentirse solo es la mejor oportunidad para aprender a querer de verdad. Con todas las letras, con todos los matices.

En este poema intentaré ilustrar mi concepción de la soledad, cómo empecé a sentirme mejor conmigo mismo y el agradecimiento a una persona que, sin ella saberlo, jugó un papel fundamental en mi batalla invisible.

La soledad es el cristal roto,
la inasible guerra, el lento andar;
la soledad es el sordo terremoto
que nos convierte en la aguja del pajar.

La soledad son cuatro paredes,
tres sábanas donde yacer,
dos brazos que están ausentes
y una persona que quiere querer.

La soledad es la palabra muda,
el áspero vacío que deslumbra,

es la garganta que se anuda,
la vida que transcurre en penumbra.

Son horas que desasosiegan,
es la quiebra lenta de mil lazos,
calladas voces que nos ciegan,
rompiendo el alma en mil pedazos.

Y mientras yazgo hendido,
encuentro en mi mano un anhelo,
que desvela un nuevo camino
y me ayuda a alzar el vuelo.

A ti, pasado, que cobijas a aquel niño,
agradezco tu vagar en forma de canción.
Tu compás ya no sacude mis latidos,
tu melodía ahora riega mi corazón.

tenues lágrimas rozan mis mejillas.
Dulces recuerdos me invitan a soñar.
Tu esplendor asusta a mis pesadillas.
Qué hermoso es poderte añorar.

A ti, presente, cuna de mi pesar,
mar de los olvidos, disfraz de mi recelo,
prometo en tus entresijos sembrar
la llama del mañana, el azul del cielo.

Y a ti, sí, a ti que sin saberlo has sido
la paz de esta guerra, la mano amiga en este pajar,

el mundo sin prisa, la calma tras el ruido,
la raíz de mi árbol, el faro de mi mar.

Gracias por poner voz a mi silencio.

Gracias por disipar mi miedo a volar.

Abrigo en el viento, te noto y presencio
en los laberintos de la palabra mamá.